

Las casas de los dueños de las dos haciendas estaban más o menos cerca. En la casa de la hacienda La Flor, en la zona balsamera de San Julián, vivía el doctor Jacinto Peña, su esposa y sus tres hijas, ya convertidas en señoritas.

En la otra casa de la hacienda La Encantada, residía Canducha Piña y sus cuatro hermanas Sofía, Elena, Josefina y Luisa, encantadoras solteronas cuyas edades sumaban por lo menos unos 240 años.

Las haciendas contaban con pequeños pueblecitos de viviendas de adobe y tejas, donde residían los colonos. Había siembras de maíz, frijol, arroz, frutales; ganado en abundancia, aves de corral, molindas y bálsamo.

Nuestra historia es de finales de los años 20.

Las dos familias residentes en las haciendas se apreciaban mucho, se visitaban a menudo y era frecuente ver al Dr. Peña, su esposa e hijas cenando en casa de Canducha y hermanas o a éstas almorzando en casa de aquéllos. Las relaciones eran cordialísimas y creo que hasta existía cierto grado de parentesco entre ellos.

FIESTAS DE TEMPORADA

Durante las temporadas de la molienda, en ambas haciendas había fiesta. Los patronos hacían obsequios especiales a sus trabajadores, llevaban la marimba durante tres días, repartían bebidas, tamales con café y se bailaba y comía en abundancia.

Antes de empezar las celebraciones de la temporada, llegaban los curas de las ciudades cercanas y celebraban misa de acción de gracias por las buenas cosechas, en las Iglesias blancas de ambas haciendas. Después, todos se entregaban a la alegría, con carreras de caballos, jugadas de gallos y otras diversiones.

SALUDABLE LA VIDA EN EL CAMPO

Así transcurría la vida de aquellas dos honorables y buenas familias.

—La vida en el campo es saludable, decía el Dr. Peña. Yo no la cambiaría por nada. El otro día, mi colega el Dr. Estrada me aconsejó que me fuera con mi familia para la capital. Pero le respondí que prefería el campo donde tenemos alimentación sana, aire puro, tranquilidad y comodidades. Como mis padres, aquí viviré y aquí moriré.

Igual pensaban Canducha y sus hermanas. Ellas tenían a su servicio un grupo de muchachas honradas y competentes, al mando del ama de llaves, una señora muy seria y responsable.

Ambas casas competían en materia culinaria, porque tenían muy buenas cocineras. En una casa se especializaban en toda clase de dulces, como el de leche. Y en la otra, alardeaban del pan de dulce y los pasteles. Constantemente se invitaban a gustar de esos y otros platillos deliciosos, que eran verdaderos manjares.

EL SORPRESIVO ASALTO

Un día domingo, ambas familias, como era de costumbre, asistieron a misa y después convivieron en que, por la tarde, Canducha y sus hermanas irían a casa del Dr. Peña a saborear un delicioso chilate con nuegados, guineos en miel y Torrijas, que habían ordenado para ese día después de la misa.

Después del almuerzo, se entregaron al descanso, sin imaginar siquiera que la tragedia acechaba la casa del Dr. Peña en un hecho inaudito por aquellos tiempos.

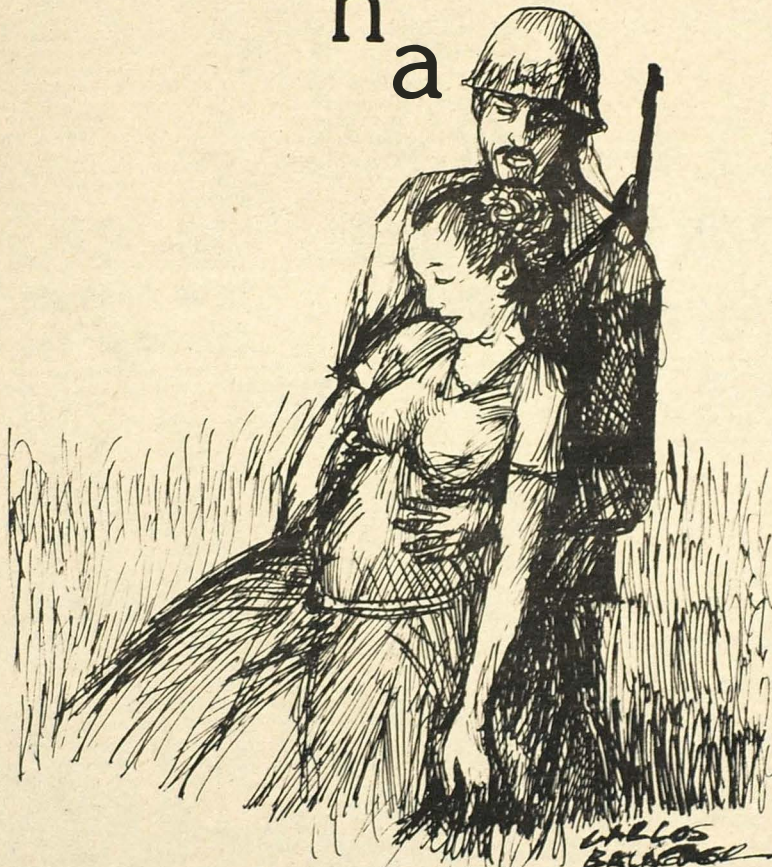
Cinco sujetos con las caras tiznadas cubiertas con pañuelos rodearon la casa del Dr. Peña. Los ladrones, sabían que el Dr. Peña guardaba en su casa una fortuna en dinero en efectivo, joyas, objetos de oro y plata, cuadros, ropa fina y otros.

Cuando todos dormían apaci-

Canducha

Este relato es verídico. Lo dedico a la memoria de mi madre Julia Maza de Mara, quien hace un año falleció (18 Sep. 1976). Ella me lo contó. De la tragedia fueron protagonistas distinguidas personas emparentadas con la familia Maza de San Julián y Sonsonate.

Por Rafael Mora Maza



CANDUCHA Y HERMANAS EN LA ENCRUCIJADA

Canducha y sus hermanas, encerradas en su casa, temblaban de miedo y se preguntaban qué hacer en esos momentos.

—No debemos quedarnos a dormir solas en esta casa, reflexionaba Canducha. Los asesinos pueden andar cerca.

Por fin encontraron la solución: Debían irse a dormir a casa de sus colonos. Con ellos sus mujeres y sus hijos estarían a salvo.

Antes de que el sol se ocultara, tomaron lo necesario y, acompañada cada una de su sirvienta, se encaminaron a casa de sus empleados cerca de donde ellas residían. Se instalaron y se dispusieron a pasar la primera noche bajo la protección de los trabajadores y sus mujeres.

Así pasaron varios días. Por las mañanas volvían a su hermosa casa para algunas labores y al caer la tarde regresaban a sus albergues provisionales.

LA GRAN SORPRESA

Mientras tanto, agentes de los cuerpos de seguridad investigaban el asesinato del Dr. Peña y familia.

Una noche, cuando menos lo esperaban, Canducha y sus hermanas estaban por irse a la cama después de rezar sus oraciones en medio de aquel sepulcral silencio, los detectives, acompañados de parejas de guardias, tocaron a las cinco puertas de las casas donde se encontraban las dueñas de la hacienda.

Toda se sobresaltaron. El corazón les latía furiosamente. Las autoridades ordenaron abrir las puertas. Los guardias tomaron sus fusiles y apuntaron hacia las casas.

—¡Que nadie se mueva! gritó un oficial. Que se entreguen los hombres sin hacer el menor movimiento.

Los cinco jefes de esas familias campesinas dejaron sus lechos y sus mujeres, y sin decir nada se entregaron. Los guardias los amarraron de los pulgares con las manos hacia atrás y los colocaron juntos frente a una de las casas.

Canducha y sus hermanas salieron envueltas en sus batas, rodearon al oficial que llevaba el mando y le preguntaron:

—¿Qué pasa?, señor oficial, ¿por qué nos levantan a estas horas de la noche y capturan a estos buenos hombres que nos están dando su protección? Ellos son nuestros colonos.

El oficial les contestó: —Señorita Canducha: Estos "buenos hombres", colonos suyos, son los asesinos del Dr. Peña, su esposa e hijas.

Y volviéndose al que parecía ser el cabecilla, le dijo: —Dile la verdad a la señorita Canducha.

El sujeto, con sangre fría y cinismo, le respondió:

—Es cierto, señorita, nosotros matamos al Dr. Peña y su familia porque ellos tenían mucho dinero y nosotros no y ya estábamos cansados de esta vida de pobreza y trabajo.

Cuando el oficial volvió a ver se dio cuenta que Canducha y sus hermanas estaban desmayadas en el suelo...

LLEGAN CANDUCHA Y HERMANAS

Cerca de las tres y media de la tarde, Canducha y sus cuatro hermanas, acompañadas del ama de llaves, se encaminaban por una veredita rumbo a la Casa del Dr. Peña.

Pocos momentos después vieron la hermosa casa de dos pisos, con sus amplios corredores en donde había maceteras con flores y enredaderas, canastas y arbustos que daban sombra y frescura y aromaban el ambiente.

Reinaba un silencio profundo y, las hermanas que en ese momento se acercaban, pensaron en voz alta:

—A lo mejor no han despertado de su siesta. De todos modos les hablaremos porque ya es tarde. El

chilate estará riquísimo.

Apresuraron el paso y de pronto, las cinco mujeres lanzaron un grito de espanto: Tenían frente a ellas la cabeza del Dr. Peña, separada del cuerpo, ensangrentada y con una mueca horrible, cerca de una macetera. Dos de las hermanas cayeron al suelo desmayadas y las demás corrieron presurosas al dormitorio de la señora.

La esposa del Dr. Peña estaba muerta con la cabeza partida en dos. Fueron después al cuarto de las tres hijas del matrimonio y hallaron otro cuadro de horror y espanto: Las tres estaban atravesadas por los machetes y completamente rígidas. Los cuartos en un desorden completo: ropa, zapatos, papeles y otros objetos tirados por los suelos.

LA VOZ DE ALARMA

Repuestas del susto y la conmoción, las hermanas corrieron a dar la voz de alarma, mientras el ama de llaves liberaba a las sirvientas en la caballeriza.